José Manuel Orozco Garibay, *Han y la vida contemplativa*, 2019, México, ETM, 154 pp.

RECEPCIÓN: 28 de octubre de 2019.

APROBACIÓN: 20 de diciembre de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0132.000298618

En esta segunda entrega,¹ José Manuel Orozco Garibay elabora una disección del pensamiento de Byung Chul Han a partir de sus libros *La psicopolítica* (Herder, 2014) y *El aroma del tiempo* (Herder, 2015) y profundiza aún más en las concepciones de la sociedad moderna del filósofo surcoreano. Orozco dialoga con Han contribuyendo al entendimiento del mundo actual. Es un libro en el que estamos siguiendo una conversación, ficticia por supuesto, en la que se discute al hombre en el presente. Han apunta, Orozco responde y viceversa; cada uno echa mano de diversas corrientes filosóficas que aportan a la discusión. Cabe destacar que, aunque a simple vista parece un libro pequeño, en realidad es muy rico, lleno de complejidades filosóficas y sociales, y el lector se ve obligado a detenerse a pensar en cada renglón y cada párrafo. Justamente de eso trata el texto: de pensar, de la reflexión humana de las cosas, actividad que ya no hacemos en el mundo de la inmediatez y de la aceleración eterna. De esta manera, el libro cumple su propósito de transmitir las preocupaciones de Han y llevarlas a la acción.

Si todavía a mediados de la centuria pasada algunos se preocupaban por la eterna vigilancia, el Estado adocrinador, el *Big Brother* de Orwell, hoy esa preocupación —dice Orozco— se ha desvanecido. Ya no necesitamos al ojo que todo lo ve en forma presente o real, sino que nosotros mismos alimentamos la observación constante a través de lo inmediato y del olvido del “otro” al concentrarnos en los medios modernos: las redes sociales que nos alejan del pensamiento, la razón y la reflexión.

¹ Ya en el 2015, Orozco había analizado el pensamiento de Han en *La fractura social* (2015, México, ETM).

En este sentido, dice el autor conversando con Han, la psicopolítica procede de la estrategia neoliberal montada sobre una tecnología muy avanzada, que a la larga crea necesidades banales en las que se pierde la densidad mental. Queda muy claro que la clásica distinción entre explotadores y explotados se desvanece, pareciera que ya no existe, que hay plena libertad, pero no es así. La relación persiste, solo que de una forma muy sutil, pues somos nosotros mismos los que ejercemos el control, ya no hace falta algo externo, tangible o visible. Nos convertimos en nuestros propios vigilantes gracias a la tecnología y el *big data*. Esta tecnología genera una sensación de libertad: puedo navegar en internet por donde yo quiera, puedo ver lo que quiera, me siento libre de “hacer lo que quiera”, pues se crea la imagen de la multiplicación de posibilidades. No obstante —dice Han complementado por Orozco— en realidad esa libertad no existe, pues se sigue aplicando el panóptico de Bentham, en el que nosotros mismos somos la torre que vigila en el anonimato de las redes sociales. En este sentido, el texto nos deja ver la gran contradicción moderna: la vigilancia en libertad, porque cada uno es el panóptico de sí mismo.

Si uno lee rápidamente el texto, sin detenerse a reflexionar, podría pensar en teorías de la conspiración y en que unos pocos manipulan todo, pero no es así. El modelo económico que se introdujo en la década de 1980, que el autor denomina, igual que Han, “neoliberal”, llevó casi de manera natural con el uso de la tecnología a este nuevo sistema de vigilancia. No hay nadie en la torre, el sistema se autoalimenta, pues se elimina la racionalidad, el ser humano no piensa, no se detiene, solo juega el juego tecnológico de Twitter, Facebook o Instagram perdido en los “me gusta”.

Lo que Orozco trata de comunicar y diseccionar del pensamiento de Han es que el modelo económico, político y social que experimentamos es uno basado en las emociones y, por lo tanto, en los impulsos y la inmediatez. El nuevo capitalismo apela a la emoción y no a la racionalidad, pues para poner en práctica las nociones de producción y consumo constante e infinito no hay necesidad de ejercer rudeza, sino seducción. A diferencia del capitalismo experimentado hacia finales del siglo XIX, cuando se creó una masa de empobrecidos y alienados como en un cuento de Dickens, el capitalismo actual se enfoca en lo positivo. El consumo y la producción se enuncian en lo positivo: como tengo la libertad de producir, comprar y trabajar —dice Orozco—, entonces asumo que soy libre y por tanto eso que hago (trabajar) es positivo. No importa si es lo único que hago: trabajar para comprar, pues los medios modernos me indican que eso

es positivo. Entonces no reflexiono, no me detengo a analizar si estoy satisfecho o no, si lo que hago es racional o no. Me guío por las emociones de satisfacción inmediata en un “me gusta”. Estamos pues —dice el autor complementando a Han—, en la dictadura de las emociones autocreadas y sutilmente impuestas.

Como las emociones dominan sobre los verdaderos sentimientos y el trabajo es algo positivo —sigue la conversación entre Han y Orozco, al mismo tiempo que se examina el pensamiento de Heidegger o de Foucault—, llegamos a la ludificación. Todo es un juego, uno muy perverso en el que pareciera que no hay reglas ni límites. Orozco cuestiona esta libertad desmedida y en su diálogo con Han dice que la excesiva libertad imaginaria del neoliberalismo acaba en profanación.

En sentido estricto, la idea de ganar el dinero para comprar lo necesario para vivir, configura el sentido sagrado del esfuerzo. Lo que se aparte de eso es una profanación, un sacrilegio (p. 27).

Toda nuestra existencia es para y por el trabajo, la productividad, el consumo, y consideramos que ahí reside el éxito o la aceptación del otro. En la locomotora del trabajo-productividad-consumo, lo que vemos —explica Orozco— es una aceleración del tiempo, pero no en sentido estricto, sino que la vida ya no tiene su cadencia, su espacio, sus pausas, sino que todo son instantes que se traslapan y que no se relacionan unos con otros. Entonces, el ser humano pierde dirección y sentido. Se vive en la orfandad, sin orientación alguna.

Desde el movimiento de la Ilustración se introdujo la idea lineal del tiempo en el que ya no existe el determinismo, y por lo tanto, el ser humano tendría el control del tiempo, lo que a su vez llevaría al progreso, medido en términos de éxito, producción, consumo y trabajo. Al acelerar e intentar alcanzar ese éxito, el tiempo se perturba y provoca que la vida pierda sustancia al construirse en instantes efímeros sin pasado, presente o futuro. Es el fin de la historia —dice Han—, pero no en los términos de Fukuyama, como explica Orozco. El tiempo fragmentado genera un vacío y una ansiedad entre instante e instante que llevan al aburrimiento constante en la inacción y se busca otra actividad igual de efímera que nos llene y que de inmediato se vuelva a perder. Ya no hay espacio para la reflexión, el disfrute del Ser con uno mismo. Siempre hay algo pendiente, algo más que es autoimpuesto, porque al final hay esta percepción de libertad: yo puedo hacer lo que quiera, aunque en el fondo eso no sea cierto.

Todo el día estamos sometidos —dice Orozco— a imágenes e información sobre violencia, corrupción, desastres naturales, revoluciones, golpes de Estado, chismes de famosos, y todo con velocidad; es tanto y tan rápido que no hay lentificación del tiempo. En la aceleración no dejamos margen para otorgar significado a las cosas, a reflexionar en el todo. La narrativa se pierde, todo queda en los sentidos y experiencias inmediatas, pero no pasa nada. La aceleración contraria a su sentido de “avance”, de “llegar a algo”, provoca el sinsentido, la contradicción, porque al final no llegamos a nada. Nos quedamos en el mismo lugar de autocomplacencia, en la individualidad, lo banal y lo efímero; en la soledad y la pérdida real de comunicación y sentido de comunidad. A pesar de los medios de comunicación modernos e inmediatos, el hombre está más solo que nunca.

Después de presentarnos este aterrador diagnóstico de la sociedad atomizada y anómica, Orozco retoma la propuesta de Han en *El aroma del tiempo*. Ahí postula que, en realidad, el aburrimiento es la falta de percepción de las muchas posibilidades que existen, pero que no vemos por la autoimpuesta aceleración del tiempo. Lo que se debe hacer —indica Han y elabora Orozco— es permitir el ocio, que significa duración. Los instantes deben anclarse en el pasado, mirando al presente, dejando que las cosas nos afecten para encontrar la intención. Esto es lo que Orozco y Han, basados en el pensamiento heideggeriano, denominan “facticidad” (p.102). En pocas palabras, hay que percibir el aroma de las cosas, experimentar la verdadera libertad en el ocio, en el pensamiento y la reflexión.

Siguiendo con el diálogo entre Orozco y Han, en el transcurso de la historia moderna el hombre occidental pasó de la vida contemplativa a la vida activa. El trabajo se convirtió en un medio para alcanzar la salvación teológica: el que más trabaja, más gana, y es esa la señal divina. Desde entonces, el mundo se ha acelerado, pervirtiendo el concepto de vida activa. La salvación ya no es teológica, sino digital, resumida en el “me gusta”, en el consumo de memes, de videos, noticias, fotos y objetos sin trascendencia. Peor aún —dicen—, la vida contemplativa es reprobada, pues de ello no obtienes “nada”, no vales nada. El que contempla piensa, y el pensar ya no tiene valor. Se ha favorecido al hombre máquina sobre el *homo sapiens sapiens*. Somos esclavos modernos.

¿Cómo nos liberamos? Orozco y Han responden: por medio de la vida contemplativa, que es el buen sentido del ocio. Ocio no como descanso entre actividad y actividad, sino como el momento de distancia, de reflexión y pensamiento que nos permita observar lo que nos rodea verdaderamente: el aroma.

Mirar hacia atrás, percibir el hoy y pensar el futuro. Lentificar nuestro Ser en el tiempo, contemplación como acción, porque el ocio —dice Orozco— también es vida activa. En pocas palabras, el texto nos invita a pensar, y su gran logro es que a través de las páginas del libro el lector debe detenerse, ralentizarse. Empieza leyendo a una velocidad feroz, como el mundo en que vivimos, para pasar de repente a una lectura más pasiva y tranquila que se presta a la reflexión. Contemplemos, pensemos, es el legado de este libro. Pero no se trata de llevar una vida de pura contemplación. Orozco explica que lo ideal es el equilibrio, trabajar para obtener lo necesario y el resto dedicarlo al ocio, entendido, claro está, como libertad.

Y en medio de todo surge una duda: si la verdadera libertad está en la reflexión, en la contemplación y no en el libertinaje creado por el sistema económico, político y social de Occidente, ¿es posible esa libertad en el constructo social actual?

VALERIA ZEPEDA TREJO

Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM